

Simone Weil

Intuiciones precristianas

Edición y prólogo a cargo de Mercedes López Mateo
Traducción de Elena M. Cano e Íñigo Sánchez-Paños



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Intuitions pré-chrétiennes*

Primera edición: junio de 2026

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de Lucía Moreno y Miguel S. Moñita

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

- © de la edición y el prólogo: Mercedes López Mateo, 2026
- © de la traducción: Elena-Michelle Cano e Íñigo Sánchez-Paños, 2026
Traducción revisada por Mercedes López Mateo
- © Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2026
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

ISBN: 979-13-7009-179-8
Depósito legal: M. 6.137-2026
Printed in Spain

Índice

- 9 Prólogo. Sabiduría de todos los tiempos y de todos los países, por Mercedes López Mateo

Intuiciones precristianas

- 43 Descenso de Dios
45 Búsqueda del hombre por parte de Dios
56 Reconocimiento de Dios y del hombre
64 La operación de la gracia
67 El Amor divino en la creación
199 A propósito de la doctrina pitagórica
281 Esbozo de una historia de la ciencia griega

Prólogo

Sabiduría de todos los tiempos y de todos los países

por Mercedes López Mateo

Se escribe para no morir nunca. No por la gloria eterna que llevó a Aquiles hasta Troya; tampoco por la vanidad de quien sólo quiere ver su nombre en escaparates. Muy al contrario, se escribe como el niño que guarda bajo la almohada su juguete favorito: para que lo que más apreciamos esté siempre a buen recaudo. Qué mejor lugar que un libro. Así, el día en que ya no estemos y nadie nos recuerde, habrá otros que puedan leer las historias que un día consideramos valiosas. Lo expresó la propia Simone Weil con la mayor lucidez posible en una de sus últimas cartas: «si nadie se aviene a prestar atención a los pensamientos que, no sé cómo, se han posado en un ser tan insuficiente como yo, serán enterrados conmigo. [...] El hecho de que estén en mí impide que se les preste atención»¹.

1. Carta a J. M. Perrin [26 de mayo de 1942], en Weil, S., *A la espera de Dios*, Trotta, Madrid, 1993, p. 62.

Escribir para la eternidad requiere, como es obvio, escribir sobre las cosas eternas: el amor, el bien, la belleza. Por eso algunos seguimos leyendo hoy a Esquilo, Homero o Platón. Por eso también Simone Weil escribió *Intuiciones precristianas* y, por eso, hoy, casi un siglo después, Alianza publica esta nueva traducción: para que las cosas eternas sigan siéndolo. El gesto le resultará familiar a cualquiera: cuando a uno se le está olvidando algo importante, lo intuitivo es ponerlo por escrito. En última instancia, el ejercicio es el mismo que aquel que disciplinadamente practican los enfermos de Alzheimer: volver a escribir para retener lo que se emancipa de nuestra memoria.

Algo similar sucede con las ediciones de las *Intuiciones precristianas*, las cuales, debido a una cadena de desafortunadas circunstancias a lo largo de los años, necesitaban volver a ser puestas por escrito. Para comprenderlo mejor, vayamos atrás en el tiempo, hasta la Europa de 1940, cuando los textos que en este libro se reúnen fueron redactados².

1. ¿Es necesaria una nueva traducción de *Intuiciones precristianas*?

Frente a otras vidas mucho más grises de filósofos, la de Simone Weil fue, desgraciadamente, fascinante. Si es algo de lamentar que su vida no fuera la de una estudio-

2. Concretamente, los textos que componen *Intuiciones precristianas* fueron escritos en muy pocos meses, entre diciembre de 1941 y mayo de 1942.

sa encerrada entre las cálidas estanterías de su biblioteca personal se debe, como muchos sabrán, a su marca como judía durante la primera mitad del siglo xx europeo. Weil no se consideraba a sí misma judía –nunca practicó esta religión, rechazaba incluso el poso que suponía para el cristianismo–, pero eso no evitó que sufriera el cruel destino de tantos otros por aquel entonces: abandonar hogares, salir con lo puesto, dormir –podríamos imaginar– con una valija preparada junto a la cama. Así era, al menos, para los que tenían suerte. En el caso de la filósofa parisiense, su exilio tuvo como primer destino Marsella.

Tal hecho, que podría resultar tangencial para nuestra tarea, condicionó la obra que aquí analizamos como tantas otras del mismo momento. Ahora que internet pone a nuestra disposición todo cuando queramos a golpe de clic quizás no sea tan evidente, pero tratemos de imaginar la escena: nadie que se vea en la obligación de dejar toda su vida atrás se llevaría consigo su colección de clásicos griegos, aunque ello implicara no volver a leerlos jamás. Por injusto que parezca, la materialidad, en ocasiones, se impone al pensamiento y lo acorrala hasta asfixiarlo. Aunque no siempre lo recordemos, los libros son también engendrados y, en su proceso de composición, permeables al mundo que les rodea. En el siglo pasado, las condiciones de existencia fueron para muchos de ellos de lo más convulsas. Cuando hay que elegir entre la literatura o la vida, la realidad es mucho más prosaica y no hay romanticismos que valgan. Por

fortuna, la filosofía siempre supo erigirse hasta en los momentos más oscuros, y Weil también pudo hacerse con algunos ejemplares de la sabiduría griega a su paso por Marsella, Nueva York o Londres. Consiguió también que le enviaran algunos de su propia biblioteca de la rue Auguste-Comte de París. Todo esto explica la enorme variedad de ediciones de las que se sirvió y la ausencia de una unificación clara y metódica a la hora de fijar los textos clásicos que acompañarían sus reflexiones en *Intuiciones precristianas*.

La siguiente dificultad llegaría después, al continuar su viaje como exiliada, cuando confiase sus manuscritos al dominico Joseph Marie Perrin. Se habían conocido hacía no demasiado, en el verano de 1941. Weil había llegado al sur de Francia unos meses antes y, queriendo acompañar la experiencia de los más desdichados, buscaba el modo de encontrar trabajo en el campo. Fue a través de él como acabó en el viñedo de Gustave Thibon, un escritor católico de la zona. Weil ya había hecho antes confluir el pensamiento y la acción en su vida –primero, en 1935 en las fábricas; después, en 1936, en la guerra de España–, por lo que su paso por Marsella no podía ser una excepción. Participó en círculos filosóficos y bíblicos de aquella ciudad de refugiados y colaboró escribiendo en la revista *Cahiers du Sud* bajo un pseudónimo, Emile Novis, anagrama de su nombre, por ser este último demasiado judío para el momento. Al mismo tiempo se interesaba por los prisioneros de Vernet, tratando de mediar para su liberación, visitaba el campo de

vietnamitas y trabajaba en la vendimia, de cuya experiencia nacieron textos tan profundos como *El cristianismo y la vida rural*³.

En cualquier caso, en pocos meses el padre Perrin se convirtió en su interlocutor intelectual, su confidente espiritual y, sobre todo, su amigo. Por esa razón, antes de abandonar Marsella el 14 de mayo de 1942, y también después a su llegada a Casablanca, quiso enviarle sus traducciones y reflexiones sobre la espiritualidad y la filosofía que, desde diferentes tradiciones antiguas, conformaban a su modo de ver una sola. Al fin y al cabo, Simone Weil nunca se acercó a los textos griegos por un afán erudito o pretencioso, sino por el sencillo deseo de compartir con sus amigos una verdad antigua cuya belleza no podía caer en el olvido. Pero, cuando Perrin tuvo en sus manos esas hojas, el futuro del libro cambió por completo. Fueron dos los motivos.

Por un lado, Weil entregó al dominico cuadernos y ensayos sueltos, desordenados, que después él agruparía bajo el título –ideado por él mismo– de *Intuiciones precristianas*. ¿Estaría Weil de acuerdo con la disposición de los textos? ¿Le hubiera parecido acertado el título elegido por su amigo o, por el contrario, lo hubiera encontrado en cierta medida tendencioso?⁴. Probablemente

3. En Weil, S., *Pensamientos desordenados*, Trotta, Madrid, 1995, pp. 21-28.

4. Esta fue, por ejemplo, la sospecha de los padres de Simone Weil, según confiesa su madre en una carta del 10 de diciembre de 1948 a Boris Souvarine. En ella, Selma Weil reconoce que no pueden hacer nada al respecto, pues su hija «admiraba como a un santo» al Padre Perrin, a

Perrin quiso inspirarse en las palabras que la parisiense había dedicado a otro dominico, Jean Couturier, en aquella famosa *Carta a un religioso* en la que confiesa sus numerosas reticencias acerca del bautizo y su adhesión a la fe católica. Allí había dicho que «para que el cristianismo se encarne verdaderamente, para que la inspiración cristiana impregne la vida entera, es preciso reconocer antes que históricamente nuestra civilización profana procede de una inspiración religiosa que, aunque cronológicamente pre-cristiana, era cristiana en su esencia»⁵. Así, como sucede en tantos otros «libros» de Simone Weil, persiste aún una «segunda autoría» que, desde las sombras, estaría moldeando los pensamientos que la parisiense quiso custodiar, pues es bien sabido que no sólo importa lo que se dice, sino también cómo se dice.

Por desgracia, cuando el dominico determinó que aquellos escritos dispersos merecían ser reunidos y publicados, tampoco acertó del todo eligiendo para ellos un hogar. *Intuiciones precristianas* se publicó por primera vez en 1951 en la ya desaparecida editorial La Colombe (Éditions du Vieux-Colombier), donde decidieron eliminar del libro todos los textos en griego antiguo que Weil había copiado con tanta atención. En una carta de ese mismo año, su fiel amigo Boris Souvarine escribía estas acaloradas palabras exigiendo la corrección del texto

quien ahora pertenecían los manuscritos. «Tenemos las manos atadas», decía allí.

5. Weil, S., *Carta a un religioso*, Trotta, Madrid, 1998, p. 23.

para que se adecuara a las verdaderas intenciones de la filósofa:

El pensamiento de Simone Weil posee tal grandeza que es importante no deformarlo presentando textos incorrectos. El título del libro debe de haber sido cuidadosamente sopeado; sin embargo, no parece corresponder al contenido de la obra. Pero hay cosas más graves aún, ¡ay! Hay muchos errores y omisiones en el texto; no podemos sino lamentar semejante negligencia⁶.

Para cuando se publicó la edición de 1985 en Fayard, algunos de aquellos errores señalados por Souvarine fueron enmendados y el escándalo fue, así, sorteado. Sin embargo, para nuestra desgracia, La Colombe había destruido –o, con suerte, sólo perdido para siempre– el manuscrito original, por lo que los textos en griego no pudieron recuperarse. De esa forma, aquel gesto, ingenuo y seguramente bienintencionado por parte de los editores, se perpetuó en todas las ediciones posteriores, así como en sus respectivas traducciones, hasta hace no demasiados años.

Fue gracias a unos padres entregados que no eran ajenos a la valía de su hija que la falta pudo repararse. Más allá del insólito genio de Simone Weil, la situación no podría ser más humana. Existen pocos momentos en la

6. La carta se encuentra en los Archivos Boris Souvarine, conservados en la Houghton Library de la Universidad de Harvard. La traducción es propia.

vida en los que lo cotidiano y lo extraordinario coinciden, pero probablemente este fuera uno de ellos. Selma y Bernard Weil vivían invadidos por un dolor inmenso después de la temprana muerte de su hija en 1943, con sólo 34 años. Se trataba de un matrimonio ya septuagenario, agotado en cuerpo y derrotado –al menos parcialmente– en espíritu después de haber sufrido tanto. En una de sus cartas, Selma, la madre de Simone, confesaba que su única razón para seguir existiendo era dedicar cada instante a mantener vivo el recuerdo y el legado filosófico de su hija: así el mundo podría leer todo cuanto había dejado. El padre de Weil sufría de glaucoma en ambos ojos, pero eso no le impidió copiar a mano junto a su mujer todos los manuscritos que pudieron recopilar para que no se perdiera ninguno. Sabemos, también por sus cartas, que fue en enero de 1948 cuando aquel maltrecho hombre copió *Intuiciones precristianas* antes de entregarlo a la editorial. Afortunadamente, esta vez la obra sí incluía los textos originales en griego.

Es gracias a esa reescritura azarosa de un padre entregado que el pensamiento de Simone Weil sobre la Antigüedad se conserva hoy. Gracias, también, a que la editorial Gallimard retomó ese manuscrito para su edición en las *Œuvres Complètes* en 2009, hoy Alianza publica *Intuiciones precristianas* como siempre debió hacerse. Una nueva edición en castellano de *Intuiciones precristianas* supone, sin duda, un reto. No sólo por la dificultad que entraña siempre el ejercicio de traducción de todo un orden de pensamiento con un lenguaje filosófico pro-

pio, sino porque, además, en esta particular obra la Simone Weil filósofa se encuentra con la Simone Weil helenista. Mantener la fidelidad al espíritu de ambas en una tercera lengua –griego, francés y, ahora, castellano– no es tarea fácil, pero en dicha confluencia en este libro se cifra toda la filosofía de Weil.

2. Simone Weil, una helenista libérrima

¿Quién posee la verdad de un texto? ¿Es el autor el único con autoridad suficiente para determinar su sentido? La pregunta, en esta ocasión, es doble. Por un lado, acabamos de ver cómo el padre Perrin bautizó él mismo los escritos dispersos que Simone Weil le había confiado; también cómo, durante el proceso editorial, desaparecieron tanto los textos griegos como el manuscrito original en sí. La consecuencia es evidente: en ambos casos, el gesto alteró por completo el sentido de lo escrito por la parisiense. Por eso, en medio de enredos librescos, las editoriales tienen siempre la difícil misión de preservar la honestidad intelectual o, al menos, de exponer con claridad qué están ofreciendo al público para no conducir a equívocos, especialmente cuando se trata de casos tan delicados como el de Simone Weil.

Mientras tanto, en las últimas décadas han existido quienes precisamente han opinado esto mismo sobre Weil y su gran sensibilidad por lo que acuñó como la «sabiduría griega». La filósofa contaba con una mirada

muy singular sobre el mundo clásico, libérrima si la comparamos con la manera histórico-crítica que marca la ortodoxia en la filología clásica más tradicional. Pueden imaginar las pasiones –positivas, negativas, pero siempre extremas– que una mujer joven podía despertar por el mero hecho de tener una voz propia y una mente sobresaliente; entonces y ahora. Así, entre ciertos humanistas el escepticismo llegó a dar paso a un considerable menosprecio intelectual. Fue el caso, por ejemplo, de George Steiner, quien en 1992 le dedicó con probabilidad sus mejores y peores palabras en un artículo para *The New Yorker*, una revista en ningún caso menor. Steiner no era un hombre que escribiera a la ligera, y aun así se pronunció allí sobre la labor filosófica de Weil como sigue:

Nuestro desconcertado siglo sería mucho más pobre sin el testimonio de Simone de Beauvoir, sin la capacidad de esa prodigiosa mujer para convertir su ardiente vida en una crítica del género, de la sociedad, de la literatura y la política. Y Hannah Arendt sigue siendo una figura capital en la teoría política y social y una de las voces persuasivas que vienen de la oscuridad totalitaria. Pero ninguna de ellas fue un filósofo en sentido estricto. Aquí se requiere una extrema precisión. El pensamiento filosófico es el que tiene que ver con las preguntas y no con las respuestas; cuando surgen respuestas, resultan ser nuevas preguntas. [...] Desde estos severos puntos de vista, en la tradición occidental sólo ha habido una mujer filósofo de categoría: Simone Weil.

Sin embargo, más allá de su labor filosófica, en lo concerniente a *Intuiciones precristianas* y su acercamiento a Grecia leemos:

Su trabajo de zahorí es a la vez absurdo y perturbador. Aun siendo una perspicaz helenista, Weil es muy capaz de distorsionar y casi falsear la intención manifiesta y el contexto de las palabras griegas antiguas. [...] Sus lecturas de Platón son tan selectivas que rozan la parodia⁷.

Steiner no fue el único. Michael K. Ferber, profesor de Yale por aquel entonces, se había pronunciado ya en 1981, imputando –no sin prudencia– a Weil una grave malinterpretación en su lectura de la *Iliada*⁸. Acertados o no, aquella serie de juicios sobre su obra venían en gran parte motivados por lo que suponía una característica tan inusual como loable en la profesión filosófica: la parisiense llevaba a cabo sus propias traducciones de los textos griegos cada vez que se disponía a trabajar con ellos y, pueden imaginárselo, estas no se parecían en nada a las versiones que conocemos en gigantes de referencia editorial como Les Belles Lettres, Gredos o Loeb Classical Library.

7. Steiner, G., «Bad Friday», *The New Yorker*, 2 de marzo de 1992, pp. 86-94. En Ediciones Siruela existe una fantástica recopilación de la pluma de Steiner para *The New Yorker*, que incluye este texto en las páginas 263-274.

8. Ferber, M., «Simone Weil's Iliad», en White, G. A. (ed.), *Simone Weil: Interpretations of a Life*, University of Massachusetts Press, Amherst, 1981, p. 70.

Es por ello por lo que *Intuiciones precristianas* no es un libro de filosofía cualquiera. Su naturaleza es bien distinta. Si un ojo inexperto se aproximara superficialmente a sus páginas, sin saber siquiera quién es su autora, podría pensar en un primer momento que se trata de un ejercicio rutinario de cualquier filólogo clásico: primero el texto en griego, después su traducción y, por último, un comentario sobre las particularidades lingüísticas del fragmento. Sin embargo, el propósito de Simone Weil era otro muy distinto y, a la vez, idéntico. Sus traducciones, lo hemos señalado, eran profundamente libres si las comparamos con las canónicas de las grandes obras de poetas trágicos y filósofos, pues su principio rector era otro. En otras palabras, su fidelidad era otra, pues la verdad ante la que respondía no se encontraba en una adecuación exacta a los términos griegos, como suelen intentar las traducciones, sino precisamente en ver, a través de ellos, una verdad mayor, atemporal, apátrida y ecuménica. Como el filólogo tradicional, Weil también buscaba preservar un conocimiento antiguo que se encontraba enterrado en aquellas tragedias, diálogos y poemas, pero su modo de hacerlo era atendiendo al poso filosófico y espiritual que allí había, el cual, a sus ojos, no era exclusivo de aquella ancestral tierra del Mediterráneo.

De esta forma, a lo largo de la obra, Weil visita grandes textos de la tradición clásica para permitirnos verlos a través de sus ojos de la mejor manera que existe: mediante sus propias traducciones. En las páginas que siguen se

encontrarán como nunca lo habían hecho con unos nuevos *Himnos homéricos*, una singular *Electra* y *Antígona* de Sófocles, unos *Prometeo encadenado*, *Suplicantes* y *Agamenón* de Esquilo o algunos de los diálogos más conocidos de Platón, tanto en su vertiente política –*La república*– como en su carácter más metafísico –*Timeo* y *El banquete*–, así como otros muchos fragmentos presocráticos que la filósofa vinculará a la doctrina pitagórica. Y aunque en todos ellos sigamos viendo el rastro de Sófocles, Esquilo o Platón, también encontraremos, indudablemente, la marca tan especial, atenta y sensible de la filosofía de Simone Weil. Así pues, si resulta determinante mantener en *Intuiciones precristianas* cada uno de los fragmentos en griego –y las traducciones de Weil, y no ninguna otra– se debe, en efecto, a la necesidad de hacer manifiesto a golpe de vista que esta práctica es y no es, al mismo tiempo, como cualquier otra. Un libro tan único en su reflexión y tan libre en su escritura debe ser preservado por nuestra tradición filosófica tal y como fue concebido.

Entonces merecerá la pena preguntarse: ¿eran injustos aquellos comentarios de grandes humanistas como Steiner? O, en otras palabras, como dijimos páginas atrás: ¿quién posee la verdad de un texto, cualquier texto? La cuestión no es en ningún caso retórica, pues si comenzamos este prólogo justificando la necesidad de una nueva edición de *Intuiciones precristianas* debido a las desacertadas injerencias de La Colombe o del Padre Perrin, entonces no parece coherente en este punto imputar las

críticas que Simone Weil recibió. ¿O sí lo es? ¿Son ambas acciones de la misma condición? Quizá podríamos intuir que existen «intromisiones» que iluminan nuevas perspectivas frente a otras que, en su lugar, oscurecen las ya conocidas. Este último sería el caso mencionado de la primera edición de este libro, puesto que las decisiones de La Colombe dificultaron apreciar la relevancia que allí tenía la labor de Weil como helenista. Por otro lado, el gesto de la filósofa de hacer suyos los textos clásicos para así seguir interrogándolos supone, esta vez sí, alumbrarlos de un modo distinto con el fin de ver con qué aristas pueden todavía hoy sorprendernos: quizás aún hay matices por descubrir.

Lo cierto es que, detrás de esta polémica aparentemente marginal, se encuentra todo un debate acerca de qué entendemos por «pasado» y de nuestra relación con él. Cuando, además, esas ideas disputadas sobre la Antigüedad se instrumentalizan para romantizar o encumbrar discursos con agendas poco honestas, el debate se vuelve crucial. Piensen por ejemplo en los ecos del Imperio romano en la estética fascista del siglo xx o en la actual ocupación de Palestina por parte de Israel. Ambas experiencias nacionalistas se sustentan sobre una imagen parcial e interesada de un pasado que reivindicamos como propio. Y, como sabemos, tanto Roma como Jerusalén fueron mucho más de lo que fascistas y sionistas hacen de ellas. Por esta razón es importante tomar conciencia de que el pasado no es un fenómeno monolítico, cerrado y completo, sino un objeto siempre abierto que

es interpretado de manera parcial y desde contextos diversos: épocas, ideologías, géneros, geografías...

Asumir esta condición abierta del pasado hasta deconstruirlo no supone un acto de relativismo, sino que implica comprender que los procesos de configuración de sentido son graduales, sedimentarios e, incluso, podríamos decir, colaborativos. Que existan lecturas parciales no habría de ser algo problemático en sí mismo; lo cuestionable aparece cuando estas son tomadas por la totalidad de lo real. También cuando esa antigüedad se nos presenta en forma de texto. Por extraño que parezca, si Weil fue capaz de intuir a través de esas gráficas griegas el espíritu del cristianismo, fue gracias a que muchos otros antes que ella hicieron sus propias reescrituras: *Frankenstein o el moderno Prometeo*, de Mary Shelley, la traducción que de *Antígona* haría Hölderlin o incluso la filosofía neoplatónica con su interpretación del maestro de Atenas –y tantas que vendrían después de la obra de Weil, como *La tumba de Antígona*, de María Zambrano, o el film *Edipo Rey* de Pier Paolo Pasolini–, todas ellas igualmente relevantes a la hora de comprender una realidad que es, ante todo, heterogénea y amalgamada.

Esta aproximación a la Antigüedad clásica, tan innovadora como reciente, es lo que de un tiempo a esta parte se conoce como *Classical Reception Studies*. En efecto, en los últimos años los Estudios Clásicos también han aplicado a su ámbito una orientación del pensamiento que la filosofía venía desarrollando desde el siglo XIX, y que alcanzó un giro decisivo con la publicación de *Ser*

y tiempo de Martin Heidegger en 1927⁹, continuado por su discípulo Hans-Georg Gadamer en *Verdad y método*. Para esta tradición hermenéutica, comprender (*Verstehen*) es un modo de ser esencial y constante en nosotros y en nuestra relación con el mundo que nos rodea; lo que Heidegger denominó una estructura existencial. Cada uno de nosotros está siempre, en todo momento, comprendiendo y, por tanto, interpretando. En ese proceso, diría algunas décadas después Gadamer, participa además la historicidad, pues todo sujeto está siempre situado en un contexto –cultural, social, histórico– que, inevitablemente, permeará en sus interpretaciones. De esta manera, cada vez que nos asomamos a la gran incógnita que es a veces el pasado, se produce lo que acuñaría como «fusión de horizontes»:

El horizonte del presente no se forma, pues, al margen del pasado. Ni existe un horizonte del presente en sí mismo ni hay horizontes históricos que hubiera que ganar. Comprender es siempre el proceso de fusión de estos presuntos «horizontes para sí mismos». [...] La fusión tiene lugar constantemente en el dominio de la tradición; pues en ella lo viejo y lo nuevo crecen siempre juntos¹⁰.

Ese continuo diálogo entre pasado y presente del que la Filosofía había dado cuenta pronto se hizo eco también en

9. Cfr. Heidegger, M., *Ser y tiempo*, Trotta, Madrid, 2009, §§31-33.

10. Gadamer, H-G., *Verdad y método*, Sígueme, Salamanca, 1999, pp. 376-377.

la Teoría de la Literatura. En la década de 1960, Jaus presentó un modelo de análisis literario en el que, tal como habían antes señalado los hermeneutas, el lector y sus contingencias particulares participaban de un modo crucial en la configuración del sentido textual: existen, así, tantas lecturas posibles como lectores¹¹. En los Estudios Clásicos estas ideas encontraron su propio eco gracias a autores como Charles Martindale¹², primero, y Lorna Hardwick y Christopher Stray¹³, después, quienes comenzaron a impugnar la imagen parcial e idealizada de Grecia y Roma que venía consolidándose desde el siglo XIX. El pasado clásico, a su parecer, debía comprenderse más bien a través de una metáfora como la de la ausencia: ruinas que intentamos reconstruir pero que siempre estarán incompletas, pues sólo conservamos huellas que, con mayor o menor destreza, tratamos de interpretar. Por ejemplo, según recogen fuentes bizantinas, parece que llegaron a ser 123 las tragedias de éxito escritas por Sófocles, de las cuales sólo hemos conservado siete. Al mismo tiempo, cada una de las que componen esta afortunada colección albergará infinitas versiones, cada vez que alguien decida leerla.

11. Para saber más acerca del horizonte de expectativas descrito por Jaus véase *La historia de la literatura como provocación*, Gredos, Madrid, 2013.

12. Martindale, C., *Redeeming the Text: Latin Poetry and the Hermeneutics of Reception*, Cambridge University Press, Cambridge, 1993; Martindale, C., Thomas, R. (eds.), *Classics and the Uses of Reception*, Blackwell Publishing, Oxford, 2006.

13. Hardwick, L., Stray, C., «Introduction: Making Connections», in Hardwick, L., Stray, C. (eds.), *A Companion to Classical Receptions*, Blackwell, Oxford, 2008.